

# La ecología en la cultura campesina

**Mavis Dora Álvarez Licea**

*Ensayista.*

Las ciudades son la mente de las naciones, pero su corazón, de donde se agolpa, de donde se reparte la sangre está en los campos, y los campesinos, sin embargo, son la mejor masa nacional y la más sana y jugosa, porque recibe de cerca y de lleno los efluvios y la amable correspondencia de la tierra, en cuyo trato vive.

José Martí

El campesinado se proyecta social y culturalmente con una identidad propia que lo caracteriza y diferencia del resto de la sociedad cubana; identidad formada no solo a partir de elementos económicos y materiales, sino también —como sujeto social que es— de motivaciones e intereses individuales y colectivos.

El campesinado, en tanto que sus actividades humanas se desenvuelven en un medio de economía familiar y social, integra un segmento poblacional de la sociedad civil, con una visión individual y comunitaria acerca de sus intereses y objetivos de sobrevivencia, percepción que define y determina sus relaciones con el ecosistema donde habita y del cual obtiene los medios

para subsistir. Los hombres y mujeres del campo han adoptado códigos de comportamiento basados en los valores que les son intrínsecos, y que difieren de los urbanos. Esto no significa que esa cultura sea mejor o peor que otras; sencillamente es diferente.<sup>1</sup>

Lo importante y significativo es que no se trata de una cultura marginal, aunque su presencia en los medios no guarde proporción con sus valores y en muchas ocasiones su representación ofrezca la imagen simplista de un receptor de dones naturales, en bucólica contemplación del entorno, o el cotidiano repetidor de labores agrícolas únicamente preocupado por sacarle productos a la tierra. Es ignorancia peligrosa pensar de esa manera; «las personas rurales» interactúan entre sí y con la naturaleza de una manera muy abarcadora, más compleja e integral de lo que suele pensar la generalidad de quienes no viven en el medio rural. En realidad, ese intercambio con el ecosistema no se limita al conjunto de prácticas y actividades productivas o comerciales de las cuales obtiene sus medios de sobrevivencia; es mucho más que eso, es todo un modo de vida cuyos elementos fundamentales (ética, estética, visión del mundo) están contenidos y se expresan en esa relación.

El campesinado, como entidad antropológica y sociológica, ha participado y participa en el desarrollo de la sociedad cubana desde el mismo origen de la colonia, y la historia nos enseña que su papel en la formación de la nacionalidad no ha sido únicamente la de un productor agropecuario poseedor o usufructuario de una parcela de tierra, ajeno al acontecer político y social de su época. El grupo campesino/agricultor se origina en la sociedad colonial, es un producto de su maduración y, fundamentalmente, de la descomposición del orden feudal. A finales del siglo XIX ya presenta rasgos comunes que lo diferencian de otros grupos rurales precapitalistas, como los artesanos y los terratenientes criollos. La colonia afianza al campesino en varios perfiles: preserva al tabacalero y crea el colonato cañero. Cuando este disminuye, surgen nuevos colonatos como el del café, el ganado y otros con menos peso económico, entre ellos el de frutos menores para consumo interno. Ya en el período republicano y hasta los años 50, los procesos latifundarios inciden en el debilitamiento del campesinado como clase, debido a la pérdida progresiva de las tierras y de sus vínculos esenciales, en tanto *no se es campesino si no hay una relación con la tierra*.

No obstante, aun como clase marginada y minoritaria, el campesinado ocupaba un espacio social en la estructura de la nación con una identidad propia y características demográficas, raciales, culturales, económicas, de género, etc. Como clase, sus intereses se polarizaron en oposición a los terratenientes nacionales y foráneos, y a los burgueses agrarios que acumularon y concentraron tierras y otros recursos naturales. Esta correlación de fuerzas o intereses cambió radicalmente a partir de 1959 con las reformas agrarias y otras medidas revolucionarias que afianzaron al grupo, proporcionándole tierras y medios económicos y —muy importante— reconocimiento como sujeto social.

En etapas posteriores, el grupo se reduce por causas naturales (envejecimiento, muertes, migraciones) y expectativas de desarrollo, cuyos resultados no fueron siempre los esperados. En el año 2000 y en adelante, las tendencias conducen a la revalorización del productor individual y a la preservación de las formas asociativas cooperativas en la producción agropecuaria. Se produce un crecimiento de la población cuya economía familiar depende de la actividad agrícola, por la decisión estatal de entregar tierras en usufructo a quienes decidan trabajarlas. La restructuración azucarera en esta etapa también ha sido un factor de incidencia importante en las nuevas transformaciones en el interior del grupo y, en general, en sus relaciones socioeconómicas.

El panorama de la agricultura cubana, al iniciarse el milenio, muestra un sector privado fortalecido en el número de miembros, productividad y nivel de

organización y gestión: 300 000 campesinos, con sus familiares, totalizan más de un millón de personas vinculadas a la agricultura, y cuya economía y calidad de vida dependen de los resultados de la interacción ecológica; es decir, de sus relaciones con el medio natural donde se desenvuelven. Para su gestión social y productiva están organizados en cooperativas de créditos y servicios y cooperativas de producción agropecuaria; desarrollan su actividad productiva en la tercera parte de la superficie cultivada del país —aproximadamente dos millones de hectáreas de suelos laborables y potencialmente aptos para sustentar una explotación económica eficiente. Son los mayores productores nacionales de tabaco, frijoles, maíz, cacao y frutales; producen la mitad de las hortalizas, el café y la miel de abejas con sus derivados, la tercera parte de las viandas, la leche y la carne de cerdo y son poseedores del 40% de la cabaña vacuna,<sup>2</sup> sin contar las cantidades de alimentos producidos en las fincas y tierras colectivas que se utilizan para el autoconsumo familiar y comunitario, no registradas por las estadísticas oficiales.

En resumen, el campesino es un sujeto social que tiene la característica de ser un productor mercantil, y como tal se inserta en el sistema económico del país, influido por estrategias globales y por las propias, según su interés y motivación. El eje de su integración o inserción en la economía nacional lo constituye el conjunto de sus relaciones estatales mediante sistemas especializados de planificación, contratación, finanzas, precios, créditos, seguros agropecuarios y seguridad social, entre otros. Las distintas formas en que se organiza para producir lo modifican como sujeto social, y aunque el objetivo principal para organizarse sea la producción, de hecho se establecen formas asociativas para la «gestión», término más adecuado que el de «producción» porque el campesino posee una identidad que manifiesta a través de una cultura productiva peculiar y expresiones de espiritualidad típicas, en música, plástica, vivienda, lenguaje, religiosidad, relaciones de género, hábitat, etc. La familia campesina gestiona para producir y reproducir; con ello asegura el sustento y bienestar de sus miembros, a la vez que reproduce patrones culturales mediante la trasmisión de valores, conocimientos y saberes tradicionales. En breves palabras, *gestiona* la supervivencia familiar y la de su cultura.<sup>3</sup>

## Ecología y saberes campesinos

La ecología trata de las relaciones entre los organismos y el medio en que viven. Es entonces evidente que la actividad de los campesinos, como actores biológicos y sociales, tendrá mucho que ver con las características y la calidad —en términos de

beneficio/perjuicio— resultante de su interacción con el medio. Como en todo proceso de acción y reacción, hay una correlación de causa-efecto, muy dependiente de factores endógenos y exógenos, fundamentalmente los derivados del contexto socioeconómico y político donde se desarrollan tales procesos. Las reacciones del campesino hacia el medio y viceversa dependerán, en alto grado, de su escolaridad y cultura, y de su condición de ciudadano poseedor de derechos, bienes y educación. La posesión de la tierra y otros bienes productivos, la viabilidad de su actividad económica y el ejercicio de derechos ciudadanos son, en efecto, elementos de poder definitorios de una posición, un lugar específico en la estructura social y clasista en un determinado momento histórico, y aunque su acción o participación no sean dominantes, las características del campesinado serán determinadas por el contexto socioeconómico y la dinámica de las estrategias políticas coyunturales.

En la relación ecológica del campesino con su medio tiene un papel predominante lo que se ha dado en llamar «el saber o los saberes campesinos», con cuya definición se califica el conocimiento adquirido a través de la práctica, de la experiencia, no solo del individuo, sino de la comunidad en su conjunto. Esos conocimientos se transmiten de generación en generación para integrarse en la identidad cultural, pero no permanecen estáticos, se modifican, enriquecen o transforman por la práctica individual y social generadora de movimientos, de cambios.

Así se crean y perduran los «saberes», mezcla de tradición y evolución de conocimientos adquiridos en la práctica individual y social, y en la relación con el entorno; saberes que la escolaridad no elimina o desvaloriza, más bien complementa y enriquece, porque no hay —no debe haber— oposición entre la modernidad y la sabiduría acumulada. El saber no es estático, es activo; se construye y reconstruye en un continuo proceso de aprendizaje, de recepción y emisión que se manifiesta en el plano de las prácticas individuales socializadas, mediante la comunicación, el intercambio y la interrelación colectiva, cuando las personas hablan unas con otras sobre lo que hacen o han hecho, sus logros y fracasos, aspiraciones, etc. Otros elementos influyen en la práctica de ese saber. La posesión del conocimiento, no importa el grado o nivel que haya alcanzado en su desarrollo, no implica que el campesino siempre pueda aplicarlo ni le convenga hacerlo. La realidad objetiva del espacio social y político puede limitar el aprovechamiento pleno de la potencialidad de los saberes acumulados, como sucede en muchas regiones del planeta, donde falta la voluntad política para el desarrollo de los sectores más pobres, la aplicación de programas de reformas agrarias y de

educación popular. Son bien escasas —quizás nulas— las posibilidades de una persona analfabeta, o con un mínimo nivel de instrucción, para aprovechar el potencial de saberes disponibles en su comunidad o en otras vecinas, dada su limitada capacidad de conceptualizar, organizar y sistematizar tales conocimientos para estructurar una relación armónica y mutuamente beneficiosa con el agroecosistema donde vive y trabaja.

Otro elemento importantísimo que tener en cuenta respecto a la aplicación práctica de los «saberes tradicionales» es la propiedad de la tierra. La certidumbre de la posesión de ese recurso vital genera estabilidad y confianza para tomar decisiones, al estilo de *qué hacer y cómo hacerlo*, cuando las personas se proyectan desde su presente hacia su futuro y el de sus descendientes. Es la cultura de *vivir*, no solo *sobrevivir*.

En el caso de Cuba, la Revolución encuentra al campesinado marginado como clase, en un proceso de disolución debido a la pérdida de las tierras y a la falta de apoyo oficial para su desarrollo e inclusión social. El pequeño productor individual desaparecía —con todo su acervo cultural— frente a la voracidad de los grandes capitales latifundarios, desinteresados en el progreso agrícola. Ellos podían mantener un nivel de producción que les garantizaba sus ganancias sin hacer inversiones adicionales de capital, debido a que la situación de pobreza y desempleo en el campo les proveía permanentemente de tierras para la expansión territorial de sus haciendas y de mano de obra barata para su explotación; en fin, que podían obtener ganancias con pocas inversiones. En esas condiciones, la economía agraria cubana de la época prerrevolucionaria se caracterizaba por la baja explotación y uso de las tierras, poca utilización de la ciencia y la técnica, y escasos rendimientos. La mecanización, la fertilización, el riego, estaban muy poco extendidos, con algunas excepciones como en el cultivo del arroz, con un alto grado de mecanización y aplicación de productos agroquímicos. Sin embargo, el arroz no era una producción fundamental en el país, como sí lo eran la caña de azúcar y la ganadería, fuentes principales de ingresos para los grandes terratenientes azucareros y ganaderos, en cuyos latifundios se encontraban los más bajos niveles de tecnificación.

Los pequeños y medianos agricultores vivían con el temor de ser despojados de las tierras. El acceso a créditos y mercados era limitado, más bien reducido a garantizar las cosechas y no a adquirir equipos o instalaciones para superar el atraso técnico. Al respecto, conviene hacer la salvedad de que miles de campesinos quedaban fuera de estas limitadas posibilidades de financiamiento para sus fincas. A los bancos, los prestamistas usureros y los intermediarios no les

**Los más prácticos y acertados criterios de sustentabilidad para la agricultura campesina deberían considerar el papel primordial de la cultura en la relación entre el hombre y su medio ambiente, equivalente a reconocerla como una provechosa unidad cultural que vale la pena preservar.**

interesaba hacer negocios con esos productores de pequeñas fincas y tierras poco productivas. Para modificar esta situación, a partir de 1959 se adoptaron medidas como las reformas agrarias, que dieron posesión legal de las tierras a los más de 200 000 agricultores que las trabajaban en condiciones de precariedad, primer y más importante factor de estabilidad para facilitar la evolución de la agricultura campesina hacia modelos sustentables de desarrollo. Poco tiempo después, la campaña masiva de alfabetización de la población cubana reforzó, con su impacto educativo entre la gente del campo, los esfuerzos iniciales para sacar al agro de su atraso social, económico y tecnológico.<sup>4</sup>

El panorama del campo cubano cambia totalmente con el triunfo revolucionario de 1959. A finales de la década de los 60, las estrategias de desarrollo rural apuntan hacia acelerar la tecnificación de la agricultura como vía para aumentar la producción de materias primas exportables y productos para el mercado interno. Se incrementa la aplicación de técnicas modernas y la especialización de la producción, a la vez que se organizan distintas variantes de planes agropecuarios —bajo dirección estatal— a los cuales se integraron 75% de los campesinos dueños de tierra.

Con estas medidas de reorganización de las formas de producción se preveía la incorporación progresiva de las pequeñas y medianas parcelas de los campesinos a los planes integrales, donde sería más viable el empleo masivo de la técnica y la mecanización de la agricultura y, en general, un mejor aprovechamiento de los recursos técnicos y humanos. Los planes integrales, de hecho, resultaban formas socialistas de organización de la producción y los servicios; por tanto, la incorporación de los campesinos —con sus tierras y fuerza de trabajo— a estos planes sería un paso de avance en la concepción y la estrategia de desarrollo adoptada. Sin embargo, estas políticas, que se encaminaban a potenciar el desarrollo del campo y la sociedad en general, tuvieron diversos impactos en el modo de vida campesino, en tanto introducían cambios bruscos en sus hábitos de vida y trabajo. En particular, esas rupturas culturales fueron más violentas en el caso de aquellas zonas o planes donde se construían asentamientos o comunidades, al estilo urbano de vida, para aquellos

que decidieran voluntariamente adoptar la variante de incorporarse a los planes estatales. De manera que, en realidad, se produce una profunda modificación en las costumbres y pautas culturales, en la actividad agrícola y en la convivencia entre personas, sean familiares o vecinos.

La tendencia en ese período es a la disminución de los agricultores de economía familiar individual, a favor de las prioridades estratégicas del momento: las formas socialistas de producción. Simultáneamente, los jóvenes descendientes de los agricultores —hembras y varones— tienen la opción de estudiar y calificarse fuera de su lugar de origen. Terminados sus estudios, la inmensa mayoría no regresa al campo, se quedan en las ciudades donde tienen seguridad de empleo para las capacidades técnicas y profesionales adquiridas. Los núcleos de las familias campesinas se reducen en el número de miembros: hay menos contactos entre estos; los parientes mayores envejecen, mueren; la institución patriarcal familiar se debilita progresivamente —y no sin resistencia— ante la realidad de las nuevas condiciones de la sociedad. En los últimos años de la década de los 70, ya se consideraban consolidados los planes integrales estatales, a los que se habían incorporado más de 30 000 campesinos con sus familias. En el grupo de campesinos que permanecen trabajando sus fincas en la forma tradicional, se desarrollan formas simples de asociación y cooperación cuyas raíces se remontan a las costumbres del campo de ayudarse mutuamente cuando es menester; son las Sociedades Agropecuarias y las Cooperativas de Créditos y Servicios. En ambos casos, las experiencias de estas formas cooperativas elementales sirvieron de base para considerar, en las estrategias de desarrollo, que las condiciones habían madurado para evolucionar hacia formas superiores de producción y gestión, y por esa vía, acercar el modo de producción de este grupo social a las formas socialistas, que ya se habían generalizado en 80% de las tierras del país. En 1977, se inició el movimiento cooperativo de mayor grado de complejidad, las Cooperativas de Producción Agropecuaria (CPA), con los campesinos que voluntariamente decidieran unir sus tierras y medios para ese fin. Con la adopción de esta estrategia, la agricultura campesina asumía dos formas organizativas

para continuar su desarrollo, ambas basadas en el fortalecimiento de la cooperación: las Cooperativas de Créditos y Servicios (CCS) y las Cooperativas de Producción Agropecuaria (CPA).

En las CCS, cada uno de los miembros es propietario individual de sus tierras y bienes de producción; es el prototipo de productor individual privado cuya actividad económica reproduce el modelo tradicional. Las CPA son una propiedad social particular, exclusiva de un grupo de personas que han unido voluntades, tierras y bienes para crear un patrimonio común.<sup>5</sup> Estas estructuras de producción de los agricultores campesinos y cooperativistas no son homogéneas, hay factores diferenciales como el nivel de ingresos, tipo de cultivo, tamaño de la posesión, ubicación y fertilidad de los suelos, fuerza de trabajo propia o asalariada, equipamiento, recursos humanos, tecnológicos, etc. En función de esas diferencias, hay matices en la relación modo de producción/conducta ante el medio ambiente, aunque en ambas formas organizativas se conserven y utilicen —en igual o mayor grado— los saberes tradicionales de la cultura campesina.

### **Los saberes campesinos tradicionales no son siempre ecológicamente sostenibles**

Las relaciones de los productores campesinos con el agroecosistema se basan, principalmente, en sus propios saberes y cultura, recursos principales para enfrentar situaciones de escasez de medios financieros y técnicos. Ahora bien, ¿es correcto asumir el criterio de que esos saberes siempre se concretan en prácticas ecológicamente sostenibles? Pensar de esa forma sería idealizarlos, cuando lo real es que la relación del productor con la naturaleza puede y es, en determinadas circunstancias, agresiva y depredadora del medio natural. Por ejemplo, cuando un agricultor que cultiva en laderas de montaña desmonta el bosque, desbroza y quema, rotura la tierra y labora en ella sin tener en cuenta la pendiente, está aplicando su «saber hacer», sus habilidades adquiridas en el manejo de animales de trabajo; de herramientas como el hacha, el machete, el arado; de la siembra y el cultivo; pero a la vez está perturbando totalmente el ecosistema, rompiendo el equilibrio natural de la flora y la fauna local, despojando de árboles el suelo y el clima, favoreciendo la erosión y pérdida de fertilidad de ese suelo donde, en sucesivas cosechas, plantará los mismos cultivos agotando las reservas de nutrientes y microorganismos del sustrato.

Hay muchos ejemplos similares, y por eso no cabe generalizar que todas las prácticas agrícolas de los campesinos, por el solo hecho de serlo, son un ejemplo de relación equilibrada y armónica con su medio

ambiente. Se producen contrastes y contradicciones, porque los hábitos de laboreo se hacen costumbre y prevalecen sobre las preocupaciones ambientales, aun cuando se tenga la certidumbre de que algunas prácticas deterioran los recursos naturales.

### **La revolución científico-técnica en la agricultura cubana y su impacto en la cultura campesina**

Apenas iniciado el proceso revolucionario cubano, en 1959, la cuestión agraria es abordada de inmediato y a fondo. Los primeros programas o planes de desarrollo agrario se proyectaban hacia la diversificación agrícola, y un enfoque más naturalista de la agricultura. A mediados de los 70, se perfila un interés social hacia los temas ecológicos y las amenazas latentes sobre el medio agropecuario; se publican textos como *Primavera silenciosa*, de la científica norteamericana Rachel Carson, y otros trabajos de André Voisin y Eugene Odum sobre el tema. Al respecto, señala Juan Valdés Paz:

Pero la socialización de estos temas y su incorporación a las prácticas agropecuarias se vieron fuertemente limitadas entonces por factores como la baja disponibilidad de fuerza de trabajo calificada, la falta de fuerza de trabajo directa y la ausencia de cultura ecológica entre los profesionales y dirigentes, así como por la urgencia del desarrollo del sector agropecuario y, en particular, la agricultura no cañera.<sup>6</sup>

En la práctica, los planes para el desarrollo de la agricultura cubana, concebidos como una revolución científico-técnica para promover la intensificación de la producción, siguieron las tendencias del desarrollo agropecuario en países industrializados, incluidos los del campo socialista del Este europeo. Y si bien el proyecto logró incrementos en la producción y la productividad en algunos rubros agrícolas y pecuarios —aunque no en la medida de los recursos invertidos—, al cabo del tiempo se observaron consecuencias poco deseables en términos económicos, ecológicos y sociales, como la gran dependencia de insumos externos, la excesiva intensificación y la alta especialización, el monocultivo, la implantación de sistemas intensivos industriales en las ganaderías vacuna, avícola y porcina, de muy poca autosostenibilidad, la deforestación de extensas áreas, y la salinización, erosión y compactación de los suelos.<sup>7</sup>

Cambios sociales y tecnológicos tan profundos impactaron de un modo u otro, con efectos diversos, a la cultura campesina y su relación con el medio. Dado que el modelo propendía a la intensificación de la producción sobre la base de la organización a gran escala y la especialización del uso del suelo, las fincas dispersas y de menor tamaño no resultaban apropiadas para la aplicación de los avances técnicos como la

electrificación, el riego, la aviación agrícola, la inseminación artificial, etc. De manera que se asumió una nueva perspectiva para que los campesinos se incorporaran a los planes estatales de desarrollo agropecuario, en diversas modalidades, principalmente la incorporación de la finca a la unidad agraria estatal y el traslado de la familia a viviendas en comunidades construidas al efecto, o venta de las tierras a cambio de pensiones vitalicias, e igualmente traslado familiar a pueblos y ciudades. En la práctica, el paso a una mayor escala en el tamaño de las explotaciones agropecuarias impactó numéricamente en la reducción de las pequeñas y medianas fincas que producían bajo el régimen de economía familiar y, no menos importante, produjo un cambio cultural profundo en el modo tradicional de «hacer agricultura» en el campo cubano. En este período de la revolución tecnológica, el sector estatal llegó a concentrar 80% de las tierras agrícolas del país; el resto continuó en posesión de los campesinos.

La urgencia de aplicar aceleradamente enfoques, técnicas y procedimientos necesarios para el despegue y avance de los planes de modernización e intensificación agrícola requirió el apoyo de acciones para enseñar y capacitar en las nuevas técnicas a la gran mayoría de los productores tradicionales, carentes de práctica previa en el uso y manejo de medios tecnológicos propios de sistemas agrarios a gran escala. Los métodos adoptados para transferir el conocimiento siguieron las pautas del extensionismo convencional, donde el agricultor aparece en los proyectos como receptor pasivo de los mensajes y mano de obra para llevarlos a la práctica. Esto supuso una subvaloración y desaprovechamiento del saber local, de la experiencia acumulada por los productores tradicionales. La generalización de este tipo de extensionismo tuvo algunos efectos colaterales, expresados en la confrontación de saberes entre técnicos y agricultores, cuando lo adecuado resulta la síntesis de ambos para conservar y fortalecer la unidad cultural entre los productores y la naturaleza. Años más tarde, a raíz de la crisis de los años 90, se planteó la reestructuración de los planes agropecuarios sobre nuevas bases de eficiencia económica y sustentabilidad ecológica, y en esa proyección se incluyó la necesidad de retomar hábitos y conocimientos tradicionales del modo de producción campesino, en cuyas fincas y cooperativas se mantenía la diversidad en la producción y se manejaban recursos naturales y económicos con muy pocos insumos externos. Esta nueva mirada al modo de producción campesino significa reconocer que en la producción a pequeña y mediana escalas puede aplicarse tecnología de punta, como se demuestra con la introducción del sistema de riego localizado en parcelas de diversas dimensiones, el cultivo protegido

para la producción hortícola, la aplicación de controles biológicos y métodos agrotécnicos contra plagas y enfermedades, la producción de abonos orgánicos fertilizadores de suelos, el laboreo apropiado para evitar la erosión, etcétera.

### **Impacto del Período especial en la agricultura cubana**

Cuando se produce el desmembramiento del campo socialista y se recrudece el bloqueo yanqui contra Cuba, la agricultura cubana es impactada por una aguda escasez de insumos y otros recursos indispensables para el grado de tecnificación alcanzado por las entidades productoras. Justamente son las empresas más evolucionadas —las haciendas estatales y las cooperativas de producción agropecuaria más tecnificadas— las que sufren los mayores deterioros a causa de la crisis. Comienza un período de resistencia y lucha por mantener los avances logrados en la etapa revolucionaria y sobrepasar el difícil momento histórico nominado como Período especial. Se concede una mayor prioridad al fortalecimiento de las Cooperativas de Créditos y Servicios, que pueden producir y gestionar con menos cantidad de recursos externos. En el sector de propiedad estatal ocurren otras decisiones basadas en este enfoque, como la reestructuración de grandes haciendas estatales en empresas cooperativas de menor dimensión: las Uniones Básicas de Producción Cooperativa (UBPC).

Otra decisión estratégica y de gran impacto cultural fue entregar, en usufructo, parcelas de tierra a quienes decidieran trabajarlas, con lo cual se incentivó (y aún continúa) el crecimiento de la población cuya economía familiar depende de la actividad agrícola. Más de 100 000 nuevos pequeños agricultores se han asociado a las CCS a partir de este fenómeno demográfico, que damos en llamar *recampesinación* y que introduce un nuevo elemento en la relación ecología/cultura.

### **Modelo alternativo para intercambiar saberes tradicionales y tecnologías entre científicos, técnicos y campesinos**

Es obvio que la instrucción y los conocimientos técnicos que han estado al alcance de los campesinos por más de cuatro décadas potencian su capacidad innata para adaptarse a las condiciones naturales, en la búsqueda permanente de una relación equilibrada con su ecosistema, auxiliados por su instinto de observación y de conservación y su mejor preparación para enfrentar

las situaciones adversas derivadas de causas climáticas o escasez de recursos materiales.

Las estrategias elaboradas para enfrentar la crisis de los 90 apuntan a una revalorización de la cultura campesina, de la eficacia de sus métodos y de las posibilidades de transferir muchas de sus experiencias a la agricultura en general, mediante un modelo alternativo de desarrollo sustentable, que necesariamente tiene que comprometerse con soluciones de mayor escala. El país aún mantiene explotaciones de considerable extensión en áreas estatales y cooperativas especializadas, donde la mecanización de las labores y la utilización de productos agroquímicos no han podido sustituirse totalmente, y quizás no lo sean en un futuro a corto y mediano plazos; fundamentalmente por dos factores importantes: la falta de fuerza de trabajo y la urgencia de incrementos en la producción. Por lo demás, hay que considerar el problema de la disciplina ecológica. La agricultura es más que cultivo y crianzas, es la responsabilidad de manejar recursos naturales como el suelo, el agua, la biodiversidad y muchos más; por añadidura, es también la conciencia de producir, para seres humanos, alimentos de calidad: sanos, limpios y seguros.

Ante esta coyuntura, no caben dudas de que el papel de la educación y la transferencia cultural entre productores adquiere una relevancia mayor que en cualquier época anterior. Un reto particularmente importante lo constituye la existencia y el posible incremento de personas que se incorporan por primera vez a la agricultura —no tienen saberes acumulados— o retornan después de muchos años —saberes desactualizados—, por lo cual pueden convertirse involuntariamente en depredadores de los recursos naturales que se les entregan en usufructo. Los programas actuales de transferencia de conocimientos deberían atender con urgencia y eficacia a este sector de nuevos agricultores para evitar daños, quizás irreparables, al entorno ecológico donde desarrollan sus actividades agrícolas.

La crisis en la agricultura no se limita a falta de insumos y recursos materiales, es también una crisis de educación y disciplina ecológica. Al respecto, resultan muy apropiadas las ideas de Peter Rosset cuando expresa que la crisis de la agricultura tiene dos dimensiones: una ecológica y una socioeconómica, ambas interrelacionadas, y procedentes de las condiciones históricas.<sup>8</sup> Cualquier paradigma alternativo que ofrezca sacar a la agricultura de la crisis, debe acatar las fuerzas ecológicas, sociales y económicas.

La otra cuestión a debate sería la sustentabilidad. Según los patrones culturales de los campesinos, el criterio de sustentabilidad no se reduce al empleo —mayor o menor— de recursos externos; hay una

conciencia mucho más arraigada de que su vida presente y futura depende de la fortaleza de ese vínculo ecológico entre el hombre y el medio ambiente, entre su cultura y la naturaleza. Cuando en las expresiones artísticas típicamente campesinas se reconocen y ensalzan las bellezas naturales del entorno, ello refleja emoción por la posesión y disfrute de esos bienes, pero también penas y avatares si ese entorno lo agobia o no le proporciona las satisfacciones de sus necesidades materiales y subjetivas. No son temas circunstanciales, es una visión reiterada en la cultura individual y comunitaria del campesinado, es un sentimiento interior extrovertido en sus manifestaciones artísticas, ya sean poesía, música, danza, plástica, oralidad, etc. Es un grave y costoso error pretender separar al hombre del medio, lo que equivale a privarlo de lo esencial de su cultura.

Los defectos de muchos programas de extensionismo agrícola empleados en nuestro país —a veces copiados mecánicamente de sociedades foráneas— dirigidos a los campesinos, han sido por no tomar en cuenta los patrones culturales. Son paternalistas «porque acostumbran a esperar que los problemas sean solucionados de manera uniforme para todas las personas, y se les otorga poco protagonismo a las personas, a los grupos sociales en el nivel de las decisiones»<sup>9</sup> y «porque nadie cambia por encargo, nadie se supera por voluntad de otro, sino única y exclusivamente por voluntad propia».<sup>10</sup>

Enrique Kolmans y Darwin Vázquez, en su obra sobre la promoción agroecológica, analizan las posibles causas del fracaso o escasa aceptación del modelo convencional de transferencia tecnológica en condiciones campesinas, entre ellas, destacan con fuerza el desconocimiento y la desconsideración de la subjetividad de los individuos cuando se subestima o no se reconoce el saber local y tradicional; circunstancias en las cuales son escasas las posibilidades de creatividad, iniciativa y aplicación del propio conocimiento del agricultor, que tampoco debe idealizarse.<sup>11</sup>

Autores diversos han llamado la atención sobre este problema de resistencia de la sociedad al modelo productivista de desarrollo; ideas y enfoques que van desde las propuestas de adopción de formatos tecnológicos orientados hacia la sustentabilidad hasta la búsqueda de soluciones desarrolladas por los campesinos en el ámbito de sus fincas. João Carlos Costa Gomes es uno de esos autores que recalcan en sus trabajos la idea de que la utilización del conocimiento técnico-científico, como fuerza productiva, no debe ser vista solo con la perspectiva de la reproducción simple, sino con la de generar procesos de acumulación social colectiva.<sup>12</sup>

La práctica de divulgar y propagar conocimientos técnicos en el campo movilizando a los propios campesinos, data de los primeros años del proceso revolucionario, cuando la ausencia de personal calificado parecía ser un obstáculo poderoso para los planes de desarrollo rural. Entrenados y organizados por los pocos técnicos y profesionales de las ramas agropecuarias, disponibles en esa época, hombres y mujeres de los campos aprendieron a vacunar sus cerdos y otros animales de crianza, a extraer sangre para los análisis, a curar lesiones, asistir partos, a prevenir enfermedades mediante prácticas higiénico-sanitarias y a enfrentar situaciones de urgencia. Los que aprendían, enseñaban a otros y así se logró reducir progresivamente los índices de mortalidad e incidencia de enfermedades en los rebaños. Esta experiencia, validada y potenciada por los resultados de la gigantesca movilización popular para erradicar el analfabetismo, sirvió de referente para los sucesivos programas de divulgación, promoción y extensión de conocimientos sobre temas tan importantes como la sanidad vegetal, la salud animal, el manejo de los recursos naturales y otros, desarrollados mediante la concertación de instituciones estatales rectoras de la actividad agropecuaria y el medio ambiente, la organización gremial de los campesinos —Asociación Nacional de Agricultores Pequeños (ANAP)—, y otras organizaciones de la sociedad civil cubana interesadas en el tema. Este movimiento de educación popular mostró, por más de quince años, lo que podía lograrse con la gestión participativa de la gente en procesos de acción, reflexión y trasmisión de conocimientos en una interacción de confiabilidad y credibilidad entre científicos, técnicos y campesinos. En 1989, la UNESCO reconoció la utilidad y resultados del método, y otorgó a la experiencia cubana de activismo técnico campesino el Premio Anual de Comunicación Rural.<sup>13</sup>

Conociendo el temperamento propio de los pobladores rurales, pocas personas dudarían en admitir que la comunicación directa es la vía más eficaz de trasmisión de información y formación de conciencia en ese espacio social; de manera que cualquier diseño estratégico para promover y extender conceptos y principios básicos de ecología debe tomar en cuenta el intercambio entre campesinos y técnicos como un mecanismo indispensable para el éxito del programa.

Hace varios años se lleva a cabo en Cuba una experiencia de promoción agroecológica basada en principios de gestión participativa entre todos los actores del programa. Este movimiento de educación popular, que se conoce con el nombre de «De campesino a campesino», empezó a desarrollarse en América Latina en los años 60, en Guatemala y, posteriormente, en México, Honduras, Nicaragua y otros países

centroamericanos, desde donde llegó a Cuba a través de los intercambios con organizaciones afines. Las bases metodológicas de este programa de extensionismo difieren de la extensión convencional, en tanto reconocen y trabajan con el campesino como protagonista principal; el flujo y generación de los conocimientos es en sentido horizontal; los técnicos y científicos no son simples transferentes de conocimientos, sino facilitadores de su comprensión y aplicación; los agricultores son sujetos y actores principales en los procesos de aprendizaje, experimentación y promoción; los procesos de aprendizaje parten de la finca, comunidad u organización de base; se experimenta con prácticas de bajo costo y rápido impacto; los procesos no son esquemáticos, transcurren gradualmente y se socializan; se motiva y enseña a los agricultores a experimentar la búsqueda de soluciones en pequeño y a partir de su propio conocimiento del medio.<sup>14</sup>

El programa de extensionismo rural «De campesino a campesino» se ha afianzado y extendido en el país, con la participación de miles de técnicos y productores, ya sea como agentes facilitadores, promotores o productores. Sin pretender una evaluación de los resultados obtenidos en la aplicación de esta metodología, que no es el objetivo de este artículo, se puede decir que en su esencia y ejecución se apoya, a diferencia de los métodos convencionales, en la participación popular desde el nivel de comunidad; por tanto, representa una alternativa a las consecuencias de la adopción masiva del enfoque productivista en la agricultura. Sus preocupaciones se centran en desarrollar mecanismos para entender las situaciones complejas y diversas en las que operan los agricultores, sobre todo los de reciente incorporación a la actividad agraria, y en cómo recuperar e introducir los saberes campesinos, autóctonos o tradicionales, en la generación de tecnologías que contribuyan a la sustentabilidad. El reconocimiento de una cierta identidad ecológica en el manejo de los recursos productivos y tecnológicos, se considera como resultado de una *gestión participativa*, lo cual involucra a todos los miembros de una determinada comunidad. Según Antón Perera, esta es una de las áreas de la investigación sociológica y antropológica menos desarrolladas,<sup>15</sup> a lo cual habría que añadir que el campesino es una figura un poco olvidada por la historiografía cubana y, en general, por las ciencias sociales.

Otro punto que debatir es la cuestión de la sustentabilidad. No pocas veces se tiende a considerar como sustentable toda actividad que puede realizarse sin apoyo de recursos externos, y aunque esto es parte del problema, no lo es todo, por lo cual refleja un enfoque parcial, incompleto, de la visión de



sustentabilidad que el desarrollo actual de los acontecimientos mundiales reclama y requiere para su futuro. El dilema se presenta cuando aparentan ser incompatibles los requisitos ecológicos con los sociales, y con la subjetividad individual del hombre. En sus reflexiones sobre este tema, el científico alemán Hans-Peter Durr plantea a la humanidad el desafío global de satisfacer con éxito y, al unísono, reconciliar estos requisitos aparentemente incompatibles. Señala este autor que

la dificultad real que impide mejorar esta situación parece estar en la falta de instrumentos, habilidad y poder apropiados para poner en práctica las soluciones previstas, siendo el dilema común a enfrentar el hecho de que la comprensión, tenacidad y minuciosidad científicas profundas pocas veces están vinculadas con la influencia, la flexibilidad y el pragmatismo políticos.<sup>16</sup>

En línea con estas ideas, los más prácticos y acertados criterios de sustentabilidad para la agricultura campesina deberían considerar el papel primordial de la cultura en la relación entre el hombre y su medio ambiente, equivalente a reconocerla como una provechosa unidad cultural que vale la pena preservar.

Al respecto, y a modo de conclusiones, podríamos tomar en préstamo las palabras de Ismael Clark respondiendo a la pregunta ¿cuál es nuestro modelo de desarrollo? en el debate de la revista *Temas* sobre «Ciencia y cultura: comprensión de la complejidad»:

Por otra parte, cuando se asocia una necesidad de revisión del concepto de desarrollo, para adaptarlo a las condiciones nacionales, estamos hablando de la identidad nacional, porque si el desarrollo no es sobre la base de nuestras raíces y tradiciones, de nuestra propia visión de lo bueno y lo malo, de nuestro sistema de valores históricos, que han sedimentado una nacionalidad, difícilmente se puede hacer viable un modelo. Ahí veo una importante vinculación entre la cultura artística y literaria, en su acepción tradicional, y la concepción científica del mundo y del desarrollo. Tenemos, entre todos, que construir de acuerdo con nuestras necesidades.<sup>17</sup>

## Notas

1. Aurora Vázquez, Intervención en «Qué significa ser marginal», *Último Jueves. Los debates de Temas*, Ediciones Unión, La Habana, 2004, p. 91.
2. Ministerio de la Agricultura, *Informe estadístico anual*, La Habana, 2004.

3. Mavis D. Álvarez, «Estructuras de producción y sostenibilidad en la agricultura campesina», *Transformando el campo cubano*, ACTAF-Food First-CEAS, La Habana, 2002, pp. 71-92.
4. PCC, *Sobre la cuestión agraria y las relaciones con el campesinado. Tesis y Resolución. Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1976, p. 23.
5. Mavis D. Álvarez, ob. cit., pp. 71-92.
6. Juan Valdés Paz, «Dos momentos en la recepción de *Primavera silenciosa*», *Anuario Ilé* (Fundación Antonio Núñez Jiménez de la Naturaleza y el Hombre), a. 3, n. 3, La Habana, 2003, pp. 137-9.
7. Fernando Funes, «El movimiento cubano de agricultura urbana», *Transformando el campo cubano*, ACTAF-Food First-CEAS, La Habana, 2002, pp. 18-20; Juan Valdés Paz., ob. cit.
8. Peter Rosset, *La crisis de la agricultura convencional*, Food First Books, Oakland, 1998, p. 6.
9. María del Carmen Zabala, Intervención en «Con los pobres de la tierra», *Último Jueves. Los debates de Temas*, p. 156.
10. Aurora Vázquez, ob. cit.
11. Enrique Kolmans y Darwin Vázquez, *Manual de agricultura ecológica. Una introducción a los principios básicos y su aplicación*, ANAP-OXFAM Bélgica, La Habana, 2001, pp. 143-7.
12. João Carlos Costa Gomes, *Fundamentación epistemológica y aproximación empírica a casos del sur de Brasil*, Tesis doctoral, Universidad de Córdoba, España, 1999, pp. 89-92.
13. UNESCO, *Sources*, n. 3, París, abril de 1989, p. 21.
14. Luis Sánchez et al., *Metodología para la promoción de la agricultura ecológica*, Asociación Nacional de Agricultores Pequeños (ANAP)-Pan para el Mundo, La Habana, 2003.
15. Antón Perera, «Evaluación de la metodología De campesino a campesino utilizada para la promoción de la agricultura agroecológica», Tesis de Maestría en agroecología y agricultura sostenible (CEAS, Universidad Agraria de la Habana), ANAP-OXFAM Bélgica, La Habana, 2002, p. 17.
16. Hans-Péter Durr, «¿Podemos edificar un mundo sustentable, equitativo y apto para vivir?», *Cuba Verde*, Editorial José Martí, La Habana, 1999, p. 31.
17. Ismael Clark, Intervención en «Ciencia y cultura: comprensión de la complejidad», *Temas*, n. 32, La Habana, enero-marzo de 2003, pp. 81-98.